

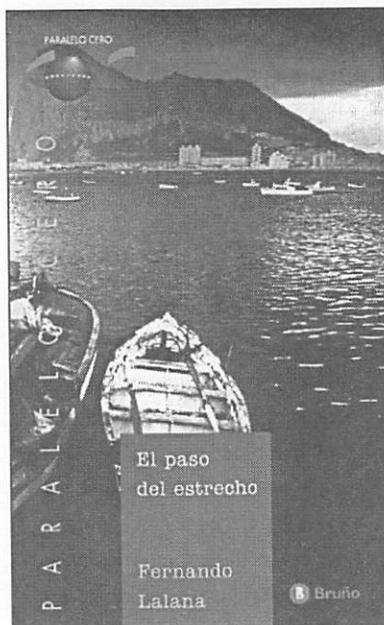
CAMPO DE GIBRALTAR, HISTORIAS DE PASIÓN

Gabriel de Molina

La reapertura de las galerías plásticas del Palacio de los Gobernadores en San Roque y de la Cárcel Real en Tarifa, los avances para la constitución de una fundación que reúna en dicha ciudad la obra de Guillermo Pérez Villalta, constituyen algunas de las novedades en la agenda cultural del Campo de Gibraltar en los últimos meses. La galería del Museo Cruz Herrera de San Roque recibió mercedamente el nombre de su promotor y mantenedor, Manuel Alés, mientras que Jimena de la Frontera veía consolidarse su festival de música, a través de sus dos primeras y excelentes ediciones.

En el plano bibliográfico, los últimos meses registraron la aparición de numerosas novedades que se reseñan a continuación, al margen de publicaciones periódicas de interés, como la re-

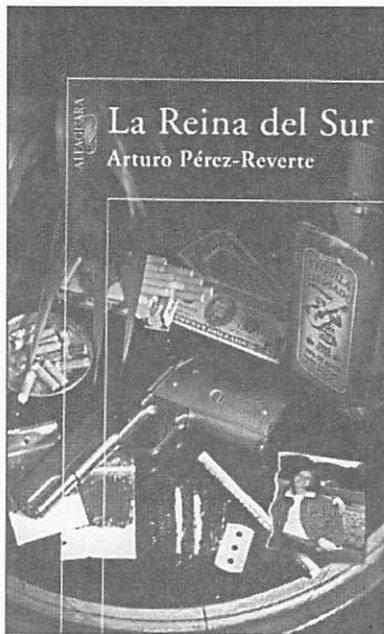
vista *Letra clara*, de la Facultad de Filosofía y Letras de Granada, en cuyo consejo de redacción viene participan-



do el algecireño Álvaro Baquero, lo que ha constituido un claro puente entre dicho recinto universitario y el mundo cultural campogibraltareño.

El otro territorio comanche de Pérez Reverte

A lo largo de la historia, desde el célebre *Ulises* de James Joyce a la prosa reciente y juvenil de Fernando Lalana en *El paso del Estrecho*, el Campo de Gibraltar ha servido de escenario frecuente para ficciones narrativas que, por lo común, guardaban un grueso encaje con la realidad histórica, política y coyuntural. Arturo Pérez Reverte, un periodista que cruzó hace años la línea del mejor reporterismo para adentrarse en una literatura intrépida, viene eligiendo desde hace tiempo este



espacio como el único escenario donde todavía, a veces, resultan posibles y necesarias las leyendas de pasión. Entre guerra y guerra, el Estrecho era su otro territorio comanche, un paraíso agrídulce donde siempre era posible la aventura. Real o ficticia.

Ya en su obra *La carta esférica*, Gibraltar aparecía como una de las estaciones de penitencia en la búsqueda mundial del tesoro sumergido que husmeaban sus protagonistas. Ahora, en *La Reina del Sur*, su última novela recién aparecida en Alfaguara, su tono de epopeya no cesa, pero añade un cumplido componente descriptivo de esta zona, desde el Peñón a Ceuta, pasando por las poblaciones españolas de la bahía de Algeciras e incorporando, como en otros casos, a personajes reales en las intimidades de la trama. Por ejemplo, el periodista Oscar Lobato, que formó parte del equipo fundacional de *Europa Sur*

y uno de cuyos artículos figura en el número 0 de la revista *ALMORAIMA*.

Desde Méjico a Marbella, desde Mijas a Palmones, las peripecias de los personajes de esta historia viajan desde México hasta Marruecos, con la banda sonora de los corridos narcos y el telón de fondo de una ralea de supervivientes que se niegan a dejar de serlo. No hay excesiva moralina, lo que en un argumento de esta índole, quiere decir que no hay ninguna. Los papeles de malos y buenos se cruzan en una pelea cuerpo a cuerpo, como un fresco de la sociedad que va dejando atrás un tiempo sin creencias donde el único dogma es el dinero. El mejor Thompson, el Hammett más descarnado, se tomarían gustosamente una copa con este Pérez Reverte.

A cada título que pasa, escribe mejor. Y el azar ha traído a sus personajes a este confín del profundo sur, aunque quizá sea tan sólo una fachada y el paisaje profundo de su discruso sea otro

[...] Existe un lugar, imaginado o real, en un punto en concreto del mapa o de nuestra imaginación, donde la vida tiene un precio muy asequible y los hombres son de otra raza

escribe Salvador Gutiérrez Solís, a propósito de *La Reina del Sur*:

Un lugar [describe] con sus propias reglas y dictados, con sus propias características, con un paisaje que se esconde o desaparece si el guión de los acontecimientos así lo señala. Un lugar con la mirada del Ray Liotta de 'Uno de los nuestros', con el peinado de Al Pacino

del 'universo Padrino/Precio del poder', con la crueldad del Javier Bardem de 'Perdita Durango' o con la frialdad del Clint Eastwood de 'Sin Perdón' [...] Que podría tener cualquier nombre y cualquier rostro porque este lugar es mucho más que un simple punto de encuentro o un sentimiento.

Es la línea de la sombra, el límite mestizo, en donde transcurre el relato de Pérez Reverte y donde late la vida de todos nosotros. Más que leyendas, historias de pasión. Como las que siguen.

Ficciones propias.

Pero más allá de su función como escenario narrativo, el Campo de Gibraltar también viene produciendo desde bien recientemente una ficción propia, en la que cuenta con un lugar de honor el



linense José Villalba, narrador de buen pulso que, por primera vez, ha reunido sus relatos en un libro, *Literatura de competición*, editado por la Fundación Municipal de Cultura José Luis Cano de Algeciras.

Se trata de textos premiados en distintos concursos literarios—de ahí su título final, que inicialmente iba a ser el de uno de ellos, "Concertino"—aun a sabiendas de que dicha etiqueta no tiene por qué favorecerles necesariamente. Uno de los relatos fue escrito en colaboración con Vicente Gualda y todos ellos muestran una evidente pericia narrativa, un excelente pulso y una historia que contar, lo que quizá delate los orígenes de este escritor en torno al teatro y el cine, disciplinas poco amigas de los castillos en el aire.

Tras publicar dos novelas cortas —*En torno al Guimarán* y *otras imprecisiones* o *La carreta de heno*— autor de un sinfín de relatos, autor premiado en numerosos certámenes de prestigio, José Reyes Fernández ha publicado *Paisaje de fondo*, una novela larga que mantiene, como el propio autor asume, una cierta condición de fábula, de cuento de cuentos y que desemboca felizmente en un estilo personal e intransferible donde ya resultará difícil rastrear sombras ajenas.

Desde Melquisedec a Denébola, el lector vuelve a encontrarse con el universo literario del Guimarán, la utopía creada por Reyes Fernández desde sus primeras publicaciones y que aquí congenia con la dimensión mágica de la alquimia. Bajo una sugestiva portada de Juan Gómez Macías, esta obra es



todo lo contrario que la pesquisa que emprenden algunos de sus personajes, nada hermética.

Otro narrador clave en los últimos años del Campo de Gibraltar se llama Juan Manuel Borrero González y se le recuerda por una espléndida novela titulada *La luna blanca de Chesed*, que también transitaba por rutas esotéricas. Residente en Sevilla, donde ejerce como profesor, en diciembre último publicó un estupendo relato titulado *Su nombre era nadie*, que mereció el III Premio Nacional de Relatos Canaleta. El pasado año, por lo demás, se presentaba en sociedad un autor sanroqueño llamado Francisco Muñoz Guerrero, con *El bosque del rey*, texto aparecido en *Paralelo 36 Narrativa*, con el respaldo de la Fundación Municipal de Cultura Ortega Brú, de San Roque. Periodista, adscrito en la actualidad a la agencia Efe, Muñoz Guerrero esboza algo más que un relato juvenil, un nuevo "cuento de cuentos" en el que los dioses se

entremezclan con los seres humanos y la trama final es la sensación que persiste de una narración a otra.

"La humanidad está enferma, tiene un profundo agujero en el corazón que se agranda con el tiempo", truena la voz ancestral de Pachamama al comienzo de una de tales ficciones. Y esa parece ser la clave de *El bosque del rey*, un texto que, según Juan Manuel González

es semillero y cedazo, obra que se nutre de la mejor tradición para situarse en avanzadillas de las preocupaciones y palpitos más modernos; o, si se quiere, más actuales. Y ello bajo los dictados de la accesibilidad y una compleja sencillez, que hacen de sus páginas un itinerario seductor, ajardinado de éticas y estéticas eficaces, entre arriates de hermosas palabras amparadas por un viento, un aire narrativo, fresco y tonificante.

La Fundación Municipal de Cultura José Luis Cano, de Algeciras, prosigue, por su parte, la publicación de los premios que llevan el nombre de la ciudad desde que fueran creados por el Centro Andaluz. En las últimas ediciones, dichos galardones correspondieron a dos autores de diverso registro pero cuyo pulso narrativo ha recibido ya el refrendo de la crítica. Es el caso del sevillano César Romero, autor de *Tierra de orates*, el libro premiado en la edición correspondiente al año 2001 y el madrileño Lorenzo Luego, cuya novela *La cierva de la aurora* apareció la pasada primavera. Una edición cuidada y una prosa amena que merecen

mucha mejor distribución y alcance, como la mayor parte de las publicaciones institucionales que jalonan la geografía campogibraltareña.

Entre los poetas que compaginan dicha actividad con la narrativa figura ya el joven linense José Antonio Sánchez Esquinel, que en los últimos meses ha publicado un nuevo libro de versos, *Análisis del desamparo*, y uno de relatos, *Material inexacto*, cargado de humor ácido.

El escritor algecireño Manuel Jesús Ruiz Torres e Ilya U. Topper, con sobrados vínculos con esta comarca, incorporan sendos microrrelatos al libro colectivo *Lavapiés*. Al tiempo que la firma del primero de ellos vuelve a aparecer en otras tres antologías de narrativa. La primera de ellas, *La ciudad escrita*, 16 relatos sobre Cádiz impresos por la Fundación Municipal de Cultura de la capital y que también cuentan con las firmas campogibraltareñas de José Villalba, José Reyes Fernández, Juan José Téllez y Federico Fuertes Guzmán, lo que puede dar cuenta de la buena salud de la prosa comarcal. La segunda. Bajo similar esquema, Quorum Editores publicó *Relatos de Don Carnal*, otras doce historias, esta vez en torno al carnaval, pero en donde la presencia de la literatura comarcal se reduce a las firmas de Ruíz Torres y Téllez, que vuelven a coincidir finalmente en *Cuento al sur*, antología de Pedro M. Domene y Jesús Martínez Gómez, aparecida en Almería, dentro de la Colección Batarro/Narrativa. Téllez, por cierto, apareció durante los últimos meses en antologías poéticas bien diversas y se sumó a Rosa Regás,

a la hora de presentar una cumplida selección de relatos de Fernando Quiñones, a cargo de Editorial Oba, cuya imprenta volvió a ofrecer una hermosísima edición. A ambos, se suman, en la antología almeriense, las voces del linense Miguel Ángel García Argüez y del malogrado Juan Luis Romero Peche.

Memorial de tránsitos.

En el último año transcurrido, el Campo de Gibraltar perdía a dos autores de calibre. Disímiles, sólo les unía el gusto por la narrativa pero diferían en cuanto a su estética. Su muerte les unió. Primero fue la de Juan Luis Romero Peche, algecireño del 54 aunque circunstancialmente naciera en Málaga. Falleció en diciembre de 2001, en Sevilla, víctima de un mal que le fue cruel y vengativo. Estudiante fallido de Medicina, se licenció en Filosofía, en la capital hispalense, durante los años de la transición. Allí, participó en la creación y representaciones del Teatro Irreal y dio sus primeros pasos como escritor, aunque sólo publicó tardíamente. En sus últimos doce años de vida vio impresos títulos como *Siete pisos con vistas al jardín*, *De los seres que huyen y los seres que eperan*, *Ya no vivimos aquí*, *Física y Química S.L.* o *Las mudanzas*. La Fundación Municipal de Cultura José Luis Cano, de Algeciras, editó uno de sus últimos títulos, *Amores aves esfinges*, en el año 2001.

Pero también publicó versos, como los que incluye la carpeta de grabados que su compañera Verónica Hernández agrupó bajo el título *De cómo el viento*



AMORES AVES ESFINGES
Juan L. Romero Peche

mueve, esparce y desordena. Autor de un solitario cortometraje en blanco y negro –*No importa cómo*, 1987–, rescató el arte del libelo en una *Epístola al rector de la Universidad de Sevilla* o en *Contra los estetas*. Bajo el seudónimo de Arturo Galván, llegó a publicar columnas de prensa e incluso una novela pornográfica.

Dejó atrás numerosos inéditos –*Describan su aldea* es el título de uno de ellos– y quiso que sus cenizas fueran arrojadas a un vertedero. Sus deudos consideraron con buen criterio que podía considerarse como tal a la bahía de Algeciras, dado el grado de contaminación que históricamente padece. Tras su muerte, la revista *La Ronda del Libro*, que se edita cada año para la Feria del Libro de Cádiz, le publicó varios inéditos a título de tributo público.

A su juicio, la literatura no es "una vocación poco productiva cuando, en verdad, es simplemente una pasión inútil". Hijo de la poetisa Lola Peche y del militar Juan Antonio Romero, Juan Luis mantuvo hasta su último aliento una extraña relación con su patria chica, de la que abominaba "el fácil camino de la celebridad local" y apostó por "el cosmopolitismo cultural", que implica "que lo que tiene que hacer un escritor es escribir, no perder el tiempo refutando las sandeces de respetados botarates de su tribu". Dicha actitud quizá sea clave a la hora de entender por qué Algeciras no le reconoció nunca suficientemente como el escritor de genio que sin duda fue.

En el mes de junio de 2002, tras una vertiginosa enfermedad, falleció en esa misma ciudad, Antonio Holgado Sabio, autor de cuatro novelas: *El cura de*

Pozoblanco, La huida de los malagueños, Marbella, patria querida y Viaje de amor a Al-Andalus, con la que cerró sus publicaciones en 1987, aunque se sabe que guardaba otro texto aún inédito, *La noche que se acabó el mundo*.

Nacido en Manilva, en 1940, el mayor de una familia de diez hermanos, hijo de un guarda forestal, Antonio Holgado se inició tempranamente a la literatura, pero no publicó su primer título hasta cumplido sus cuarenta años, iniciando una serie de *Episodios de Andalucía*, que vieron la luz a partir de 1980. Paralelamente a todo ello, fue conferenciante y durante varios años representó en el Campo de Gibraltar a la Asociación Colegial de Escritores de España, que fundara Angel María de Lera, y a la Asociación de Hispanistas "Siglo XX", con sede en Estados Unidos.

Al mismo tiempo, fue fundador del Club de Opinión Europa y de las colecciones librescas *Cuadernos de Al Andalus, Los Libros del Buena Amor y Anales del Sur*. Durante la última etapa de su vida, llegó a promover una revista virtual, *El espolón*, que dirige José María Álvarez, pero no llegó a ver escenificada una obra de teatro, surgida de su pluma, que relataba el último juicio de la inquisición celebrado en Andalucía.

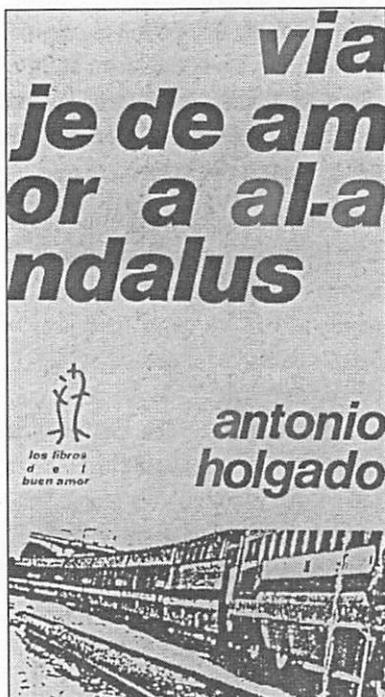
Holgado Sabio se definía a sí mismo como "andaluz serio y machadiano". A su muerte, casi desapercibida, varios amigos suyos le brindaron un homenaje en Algeciras.

Entre otros óbitos de los últimos meses, cabe reseñar el de Miguel Ruíz

Villanueva, que fuera director del Taller Estudio de Artes Plásticas del Campo de Gibraltar, y el del pintor algecireño Manuel Benítez Santos, fallecido en Madrid durante el mes de julio de 2002. Nacido en Algeciras, a 24 de octubre de 1929, se inició como artista en esta localidad pero pronto se trasladó a la capital de España, donde trabó contacto con el escultor Juan Cristóbal, pero en donde aprendió su oficio también de Pedro Tavera y Maruxia Valero. Retratista de prestigio, su técnica favorita era la del pastel y sus exposiciones individuales pasearon por numerosas salas españolas, pero también las de París, Londres, Caracas y Río de Janeiro. Entre sus modelos, figura buena parte de la aristocracia de su época, como son los casos de Doña María de las Mercedes de Borbón, madre de Juan Carlos I, el infante Don Fernando Baviera y Borbón, la princesa Sandra Torlonía, hija del rey Simeón de Bulgaria o el nieto del Duque de Lerma, entre otros.

Julián Martínez descubrió en su obra un humanismo fácilmente reconocible, bajo una perspectiva aérea y sutiles gradaciones de luz y calor. En sus trabajos, según Martínez, destacan sus templos, fuertes "y a la vez tratados con sutileza, de robusta técnica y con una perfecta cromatización".

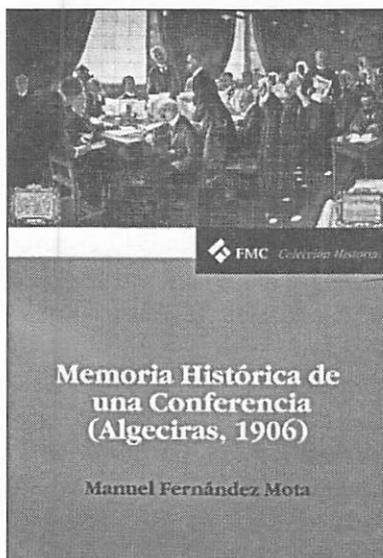
"Todas sus obras están llenas de viveza y muchas veces hasta nos parecen íntimas, por sus suaves entonaciones. Su trazado es limpio, suelto. Es un gran dominador de la luz y sobrio su cromatismo. Toda su obra, no está exenta de penetración, con grandes dosis de realismo", añadía.



El poeta en soledad.

A la memoria de Antonio Sánchez Campos, dedicó Manuel Fernández Mota el primer volumen de la colección Bahía Milenio-3 Poesía, una nueva colección de cuadernos en la que rescataba la voz de su amigo, cofundador del grupo Bahía junto a él y Daniel Florido. Nacido en San Roque, el 29 de noviembre de 1928, Antonio Sánchez Campos falleció en Algeciras el 21 de octubre de 1999. Estudiante tardío de Magisterio, sus primeras andaduras literarias transcurren a bordo del semanario *Algeciras* y de Radio Juventud de La Línea. En vida, publicó sólo un libro de poemas, *Nocturno Gris* y en la colección de inéditos que recogió Fernández Mota en dicho opúsculo póstumo, se incluían los versos siguientes: "Cuando yo muera,/ dejen el mármol limpio./ No escriban en la blanca losa/ palabras/ que el curso de los años borre./ Porque mi biografía/ quedará bajo tierra, ya olvidada,/ cuando concluya apenas/ la ceremonia de los vivos./ (Si existiera otra vida,/ de mentiras desnudo,/ recordaría/ los errores vividos a mi sombra)".

Pero, en los últimos meses, Fernández Mota publica un libro de investigación titulado *Memoria Histórica de una Conferencia (Algeciras, 1906)*, que imprime la Fundación Municipal de Cultura José Luis Cano, de Algeciras, en torno a la conferencia internacional que se vivió en esta ciudad entre los días 16 de enero y 7 de abril de 1906, a petición del sultán de Marruecos Muley Abd-al-Aziz, con la concurrencia de las potencias de la época, que se repartieron la tarta del norte de África pero



no lograron cerrar sus heridas. A pesar de ello, Fernández Mota asume que "fue para Algeciras el hecho histórico más sobresaliente después de su nuevo nacimiento como ciudad".

Con independencia de todo ello, Manuel Fernández Mota prosigue con sus actividades editoriales al frente de Bahía y en especial con la colección que hereda el nombre de su célebre revista y del premio poético que sigue convocándose. Sus últimos títulos fueron los de *Jardín de arena*, firmado por Antonio Romero Márquez y que apareció en 2001, o *El vagabundo de la calle Algarve*, de Dolors Alberola, en la última primavera con un novedoso y acertado diseño.

La Fundación Municipal José Luis Cano, emprendió, a partir de 2001, la tarea de reeditar la obra de su titular. Y comenzó tan acertado propósito con su *Poesía completa*, en cuidada edición de quien fuera su secretario vocacional, Alejandro Sanz, que cuenta con un

excelente prólogo de Leopoldo de Luis, en el que pone de manifiesto que

[...] José Luis Cano es un poeta intimista, que cuando acude a lo contingente, éste queda asumido por la belleza poética, sin lastres ni excrescencias espurias.

Si diseñamos, para entendernos, un esquema –aunque como todo esquema, resulte algo inexacto– le veremos en el contexto de sus años de creación como una figura individualizada, en medio del neoclasicismo oficialista y de la poesía comprometida. El no se dejó arrastrar ni por las fórmulas evasivas ni por los prosaismos más o menos panfletarios. Pasa por la realidad, pero nos habla desde dentro; ama la belleza, pero no la torna en fin último.

Y concluye dicha introducción: "Siempre he pensado que poesía es respirar por la herida. La herida lírica de José Luis Cano funde emoción y verdad humana. Con eso nada más –y nada menos– gana a sus lectores".

En los últimos meses, la poesía veterana de Bernardo Ayuso Fernández –*Las riberas del aire*– se ha cruzado en las imprentas con las letras flamencas y jóvenes de Salvador de Ana –*Cancionero de la Cava*–. Y, desde luego, con la confirmación de una voz poética esencial, la del algecireño José Angel Cadelo, que ya sorprendiera con la aparición de *Sombras, elementos*, después de su presentación en sociedad poética, con *Ático en París*. Recientemente, ha publicado *Cuaderno de indigencias*,

que hace el número 19 de los del Instituto de Estudios Campogibraltareses.

Cabe apreciar por vez primera – escribe Juan Antonio Andújar Hurtado, en su solapa– un libro perfectamente cerrado y rotundo donde los amaneceres en otro idioma, los puestos fronterizos y los amores de carretera se agrupan para explicar una verdad enorme que da sentido a su obra y –creo– también a su vida. No se trata sólo de un álbum de fotografías de los momentos más exóticos o las experiencias menos repetibles; el conjunto de poemas que integra *Cuaderno de indigencias* es una escena de su tiempo, una ventana abierta que permite al lector asistir al espectáculo íntimo del autor en soledad.

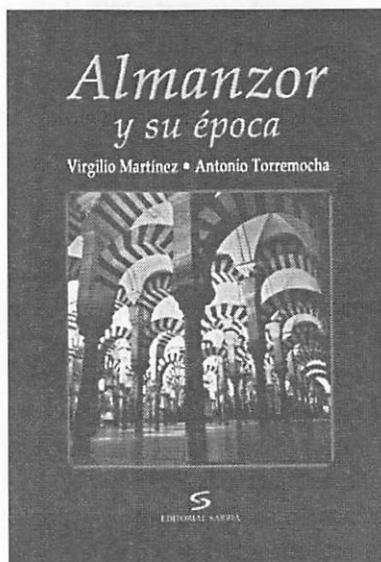
Quizá porque como él mismo escribe en uno de sus poemas "cuanto más creo que se de la vida/ y más fronteras cruzo, menos razones tengo y más silencios". Cadelo es la única presencia campogibraltaresa en la antología *11 inicial, última poesía en Cádiz*, editada por José Manuel García Gil para la Fundación Municipal de Cultura de la capital gaditana. En dichas páginas, Cadelo glosa o anticipa las palabras de Andújar en torno a su obra. Esto es, que "la poesía está a medio camino entre la literatura y la filosofía" o que

[...] poetizar puede ser hablar mediante imágenes, pero también es ofrecer al lector la posibilidad de asistir al espectáculo íntimo del poeta en soledad.

Creo que si el lector no es también poeta (puede ser poeta y no escribir nunca), el texto que escribe el poeta no acaba extendiendo sus alas ni echando a volar. No hay poesía por tanto en ningún texto hasta que un lector iniciado se aproxima al mismo y se deja transportar al mundo que el poeta ha querido describirle.

La revisión de la historia.

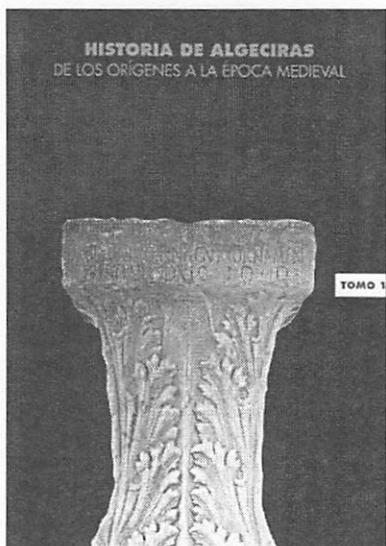
La revisión de la historia de esta localidad cuenta, en los últimos meses, con algunos títulos de cierta importancia, entre los que destaca *Almanzor y su*



época, de Virgilio Martínez y Antonio Torremocha. Impreso por la editorial Sarriá, en Málaga, la obra viene a sumarse a los actos del milenario de la muerte de Ibn Abi Amir, el *hayib* de Hixam II al que rindieron el título de *Almansur Billah*, Victorioso por la Gra-

cia de Alá. Nacido en la cora de Algeciras, en lo que hoy es Guadaro, Martínez y Torremocha no ocultan los aspectos más siniestros de su biografía –como el hecho de que destruyera la biblioteca de Al-Hakam III en Medina Azahara, tal y como le atribuye Antonio Medina en su *Historia nacional del andalucismo y de los andaluces*–, pero tampoco hacen sangre con su leyenda negra y prefieren recordarle como el artífice de que el Califato omeya de Córdoba alcanzara su máxima expansión.

Meses más tarde, aparecía un manual sobre esta misma figura histórica que reproducía estudios precedentes y que firmaba José Salguero, con el respaldo de El Libro Técnico. Pero una obra mayúscula sobre el pasado de la zona la constituye la *Historia de Algeciras*, editada en tres volúmenes por la Diputación de Cádiz, bajo la coordinación de Mario Ocaña, director del Instituto de Estudios Campogibraltareses. Ángel Sáez Rodríguez, Luis Alberto del Castillo, Maribel Gómez Arroquia, Antonio Torremocha Silva, Juan Ignacio de Vicente Lara, Juan Carlos Pardo González y Juan José Téllez afrontan un temario que lleva desde la definición del factor geográfico a los distintos periodos de prehistoria e historia antigua, la Algeciras medieval, incluyendo el estrato bizantino y sobre todo el andalusí, con un amplio apunte sobre la presencia cristiana. El segundo tomo principia con el resurgimiento de la ciudad en el siglo XVIII, viniéndose a demostrar que ya existía una base poblacional sobre las antiguas ruinas, con anterioridad al éxodo de Gibraltar



en 1704. La consolidación urbana del siglo XIX, sus principales acontecimientos y la Algeciras del siglo XX, entre la tragedia, la crisis y la expansión, completan dicha recapitulación, que incluye datos estremecedores e inéditos sobre la guerra civil y la represión franquista en la ciudad, estimándose en más de trescientas las ejecuciones que tuvieron lugar en aquellos días. El tercer tomo aborda monográficamente el arte, la arquitectura y el urbanismo de Algeciras moderna, junto con un amplio repaso a la sociedad, cultura y creación en la Algeciras del siglo XX. La profusa relación de nombres y datos dio pie a un sinfín de anécdotas, omisiones lagunas e incluso polémicas, pero permitió plantear un catálogo de más de quinientos nombres propios relacionados con la actividad cultural de dicha centuria:

[...] Aun siendo conscientes de que la objetividad no existe, que la historia la crean los historiadores y que cada uno de nosotros es hijo de su tiempo y de sus circunstancias,

hemos tratado de ser lo más asépticos posible. Por ello el desarrollo del tiempo histórico-político se detiene en la Transición Democrática. Haber ido más allá habría aumentado la posibilidad de que nuestra interpretación de los hechos históricos se hubiese podido ver influida por cuestiones que nos podrían haber llevado a subjetivizar o moralizar la historia, algo que nunca hemos creído formase parte de nuestra actividad como historiadores. Esta norma solamente se ha trasgredido en los capítulos dedicados al Patrimonio y a la Cultura en los que sus autores se han extendido, en algunos aspectos, hasta el año 2000. La coordinación ha tenido entre sus objetivos buscar y exponer la verdad de la historia local, aunque la verdad no sea, a veces, ni complaciente ni amable.

Ese ámbito conscientemente omitido en esta historia, el de los años que median entre el tardofranquismo y la democracia plena, fue abordado por el historiador Antonio Castillo en *La transición en Cádiz (1975-1982). Aspectos políticos y electorales*, que Quorum Editores imprimió en 1999 y que ofrece numerosos datos sobre dicho período histórico en la comarca. Es la misma secuencia temporal en la que se mueven los acontecimientos que el juez algecireño Juan José del Águila enjuicia en *El TOP, la represión de la libertad (1963-1977)*, con prólogo de Gregorio Peces-Barba, en el que se pasa revista a la siniestra misión del Tribunal de Orden Público creado por el franquismo para la persecución de

las ideas políticas de avanzada, más allá de la jurisdicción militar.

[...] Si en la actualidad se realizar una encuesta en directo, a través de cualquier medio de comunicación, para preguntar a los ciudadanos con qué asocian el término TOP y cuál ese el conocimiento que tienen del mismo, las respuestas serían, pasado el momento inicial de sorpresa, bien de desconocimiento o bien asociarían dicho vocablo a múltiples significados y contenidos que en ningún caso tendrían relación con las siglas de dicho Tribunal—acepta el autor—. Esto no resultaría sorprendente, y sería una consecuencia de lo que, en la reciente etapa de transición, se ha venido denominando ‘pacto de silencio contra la recuperación de la memoria histórica’. Gran parte de los estudios de la España contemporánea y de los análisis del franquismo no contemplan la represión política practicada durante tal período y, consecuentemente, no analizan el funcionamiento y la actuación del referido tribunal.

Para compensar esa mordaza histórica, Juan José del Águila brinda una bien cumplida relación de españoles que pasaron ante el banquillo de los acusados del TOP y entre cuyos procesados figuran numerosos campogibraltareños. El mismo, sin ir más lejos.

Entre la historia reciente y el periodismo se mueve el libro *Moros en la costa* (Debate 2001), de Juan José Téllez, con un cumplido prólogo de José Saramago en el que avisa:

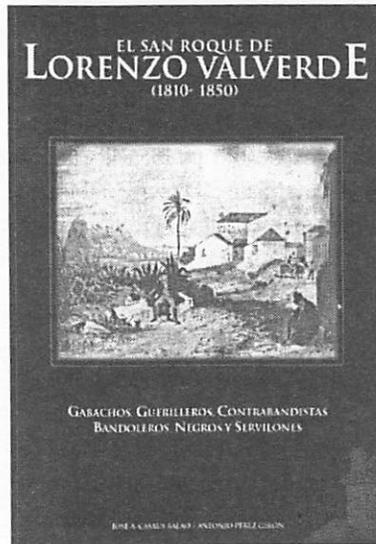
[...] Que tire la primera piedra quien nunca haya tenido manchas de emigración en su árbol genealógico... Así como en la fábula del lobo malo que acusaba al inocente cordero de enturbiar el agua del arroyo de donde ambos bebían, si tú no emigraste, emigró tu padre, y si tu padre no necesitó mudar de sitio fue porque tu abuelo, antes, no tuvo otro remedio que ir, cargando la vida sobre la espalda, en busca de la comida que su propia tierra le negaba.

A lo largo de más de 400 páginas, Téllez analiza el fenómeno de la inmigración en nuestro país durante los últimos veinte años y, especialmente, a partir de la aparición del primer cadáver de un espalda mojada en la costa de Tarifa, que se remonta a noviembre de 1988.

Similar fin aunque diferente alcance es el del libro *Amarillo es*, de José Antonio Casás Balao y Juan Rebollo, impreso por Aurea y que resume buena parte de la estancia del submarino británico *HMS Tireless* en el Peñón, con motivo de la peligrosa reparación de un reactor nuclear averiado en su seno. Los periodistas se basan, fundamentalmente, en la documentación ofrecida al respecto por el diario *Área*, pero detienen su relato meses antes del desenlace final de la crisis, por lo que resultaría deseable que completaran, en una nueva entrega, la peripecia final de aquel suceso que, como ellos confirman, supuso un serio punto de unión para los campogibraltareños.

Memoria de San Roque.

Dentro de esa misma serie, vio la luz el libro *El San Roque de Lorenzo Valverde (1810-1850)*, obra también compartida



por José Antonio Casás Balao, esta vez con Antonio Pérez Girón, cronista sanroqueño. Se basa en la *Carta histórica* del autor sanroqueño que quizá fuera escrita con el propósito de ser publicada como memorias. El subtítulo de esta edición es el de *Gabachos, guerrilleros, contrabandistas, bandoleros, negros y servilones*, lo que da medida del contenido de esta obra, parejo al de su propia biografía, desde su primera infancia coincidente con el último asedio a Gibraltar y el entierro del coronel y poeta José Cadalso en febrero de 1782 cuando apenas contaba con siete años de edad, a la muerte de su padre y hermano en 1911, durante la ocupación francesa:

[...] Aunque residió en el pueblo hasta el último momento de su vida, tuvo que buscar refugio, en

1811, con su familia, en Gibraltar, donde permaneció durante tres años –informan los autores-. Allí juró fidelidad a la Constitución de 1812, y su salida hasta España fue épica, ya que hubo de permanecer en cuarentena en el llamado Campo Neutral, por culpa de una epidemia de fiebre amarilla, durante más de cincuenta días. Antes, en el mes de enero de 1795, cuando contaba 20 años de edad, pertenecía a las Milicias Urbanas, y como él mismo narra, formando parte de una de las cinco Compañías entonces existentes, tributó póstumo homenaje al General Don Miguel Porcel y Manrique, Conde de las Lomas. Participa en otras actividades coales y culturales durante su dilatada y permanente vida en la ciudad, llegando a formar parte del Consistorio. Cuando cuenta con 46 años, figura entre los peticionarios para una suerte en el ‘repartimiento de tierras’ de 1821. Y ya, en plena madurez, con 75 años, forma parte de aquel grupo de sanroqueños y gibraltareños que creaban la Sociedad Plaza de Toros, para la construcción de un coso taurino en la ciudad.

Uno de los periodos de esa cumplida biografía es analizado exhaustivamente por José Antonio Pleguezuelos Sánchez, a través del libro *La Guerra de la Independencia en San Roque (1808-1814)*. La obra, publicada por la colección de temas sanroqueños Albalate, sigue la estela abierta años antes por el libro del comandante Rafael Vidal sobre la Guerra de la Inde-

pendencia en el Campo de Gibraltar. Exhaustivo pero ameno, profusamente ilustrado, este ensayo examina la realidad sanroqueña antes, durante y después de aquella guerra. Su objetivo, afirma, es divulgar: "Está concebido como un manual que ayudará a cualquier tipo de lector a acercarse a la realidad de su pasado". El profesor ceutí afincado en San Roque viene investigando los cambios registrados entre el antiguo y el nuevo régimen en esta última localidad campogibaltareña, por lo que anuncia nuevos títulos referidos al reinado de Fernando VII y a la etapa de la restauración.

En los últimos meses, también apareció otro libro fundamental para la historia de esta población, los extractos de las *Actas Capitulares del Archivo Municipal de San Roque (1706-1909)*, recopilados por Adolfo Muñoz Pérez, el anterior cronista sanroqueño, fallecido en 1998

[...] El Instituto de Estudios Campogibaltareños estuvo interesado desde el principio en su publicación, la que ha sido posible gracias al esfuerzo de ordenamiento y transcripción informática, tanto de doña Adriana Pérez Paredes, Archivera Titular del Archivo Municipal de San Roque, como de don Rafael Muñoz Pérez, hermano del autor fallecido.

Sociedad y costumbres.

Otros recopilatorios históricos que han dado la cara en este periodo obedecen a aspectos sociales y festivos de la zona. Como es el caso de la segunda edición

actualizada de *Algeciras, Feria Real*, del cronista Cristóbal Delgado o la *Historia de las Jornadas Taurinas* de Algeciras, escritas por Crescencio Torés Butrón, autor de aquellos *Paisajes linenses* que subtítulo como *Historias de La Línea de la Concepción y sus gentes de la mano del maestro de la guitarra Juan Mesa Serrano*. Manuel Clavero Arévalo prologa la pequeña gran historia de esta convocatoria que promovió en su día el propio Torés:

[...] Cuando se repasan las páginas de este libro se observa la capacidad de convocatoria de personalidades y de público que han tenido los organizadores de las Jornadas Taurinas –afirma el abogado y exministro sevillano-. Intelectuales, toreros, rejoneadores, ganaderos, artistas, periodistas y profesionales muy destacados, han participado en ellas y el pueblo ha estado presente en gran número, lo que ha servido de estímulo y de consolidación a estas Jornadas que siempre han merecido la imprescindible aportación del Ayuntamiento que ahora además cristaliza con la edición de este libro. Recordaré siempre la conferencia inaugural de estas Jornadas que pronuncie en 1895 por invitación que me cursó Crescencio Torés, a través de mi amigo Juan Luis Bandrés, para quien quiero tener un recuerdo muy especial.

El Ayuntamiento de Algeciras publicó otro libro esencial en la bibliografía campogibaltareña de los últimos años. Se trata de una 'rara avis', primorosamente editada bajo el título de *Los*

Toros en la filatelia española, con profusas ilustraciones y comentarios.

También alcanza su segunda edición el libro *Historia de los carnavales de San Roque*, escrito por Antonio Pérez Girón y por José Antonio Ledesma Sánchez, editado por la Fundación Sevillana de Electricidad y que, con fecha de 2001, pone al día los datos de su primera entrega y apunta un 'quién es quién' del carnaval sanroqueño.

José Regueira, en su colección *El Castillo de Jimena*, vuelve al lugar que centró su historia de las almadrabas gaditanas en el libro *Zahara de los Atunes, paraíso cervantino al sur*. Ahora, ha pretendido sinterizar las características históricas de ese pueblo que durante siglos fue tan sólo una pesquería de atunes que explotaba la casa ducal de Medina Sidonia:

[...] A ella acudía cada primavera un singular ejército de 'pícaros' perfectamente organizados mediante unas ordenanzas recogidas en dos divertidísimos e ilustrativos romances de Persio Bertiso. Venían a 'por atún y a ver al duque', venían 'a la conquista de Túnez'. Durante esos meses se desarrollaba en lo que hoy es Zahara una extraña actividad laboral y una intensa vida de poltronería en coimas o mandrachos, casas de gula, bailes por zarabandas, chacones o folías y en la casa llana o berreadero. Los misioneros, según han dejado escrito, lograron conversiones que habría que calificar de sobrenaturales.

Cervantes—y he ahí la médula del libro—situó a Carriazo, el protagonista de *La Ilustre Fregona*, en Zahara, 'el finibusterrae de la picaresca'. '¡No os llaméis pícaros si no habéis cursado dos cursos en la academia de la pesca de los atunes!' [...] Atunes. Pícaros. Piratas de la costa. Cervantina ayer y siempre. Hoy, paraíso turístico. Aquí hemos intentado resumir la historia heterodoxa de un pueblo no menos heterodoxo", explica Regueira.

A ese mismo territorio se aproxima el escritor linense Miguel Angel García Argüez en *El pan y los peces, Sancti Petri en la memoria*, título aparecido en la Biblioteca de Temas Chiclaneros. Residente en Chiclana, desde donde ha publicado poemas *—Ecce woman—* y narraciones, este joven autor pasa revista al legendario poblado chiclanero frente a la isla donde se levantó un templo a Hércules y por cuyas aguas paseaba la reina de los atunes.

Luis Soler Guevara, por su parte, publica dos libros cabales en los últimos



años. *Flamencos del Campo de Gibraltar* supone un vademécum de prácticamente toda la nómina flamenca que guarda relación con la comarca y *Algeciras, cien años de flamenco*, editado por la Fundación Municipal de Cultura José Luis Cano, con motivo del XXIX Congreso de Actividades Flamenca celebrado en la ciudad en septiembre de 2001. Soler pormenoriza una suerte de diario, a partir de las hemerotecas, que recopila buena parte del último flamenco, pero también explora en la memoria oral, escrita y gráfica para rescatar escenarios jondos y figuras de este mismo arte, a veces olvidadas. Un impagable, ameno y riguroso esfuerzo que dedica a su familia y a "todo aquel que haya hecho algo por esa institución de la cultura flamenca que es la Sociedad del Cante Grande de Algeciras".

Fe de vida.

El mencionado congreso dio pie a que esa misma fundación editara otros dos libros flamencos, esta vez de corte biográfico. Por un lado, en *La saga de los Montoya*, Manuel Flores da cuenta de una pesquisa personal tras los pasos de dicha familia flamenca en el Campo de Gibraltar y, especialmente, Algeciras. Por otra parte, Ramón Soler rescata cumplidamente la figura del cantaor linense más célebre de la historia, en *Antonio El Chaqueta, Pasión por el Cante*. Se trata, paradójicamente, de un libro publicado con acierto por la fundación cultural algecireña, con el apoyo de Cajamadrid. Quizá, una forma generosa y elegante de pagar la deuda

moral de que aquel otro cantaor linense llamado José Ruíz, pasara a la historia con el nombre de *Corruco de Algeciras*.

Ramón Soler formula una reivindicación plena del perfil de *El Chaqueta*, ya que a pesar del respeto que suscitaba entre aficionados y profesionales, que siempre le identificaron como uno de los cantaores más largos de la historia, permaneció por lo común en un segundo plano, cantando en fiestas privadas y en sus tablaos. El investigador, que ya abordó junto con su tío Luis un paseo científico por la obra de Antonio Mairena, se ha valido ahora del testimonio de compañeros, familiares y amigos para "redimir la figura de Antonio *El Chaqueta* y sacarlo del reducto al que injustamente ha sido olvidado", según palabras del prologuista José María Velázquez-Gaztelu. Y anticipa: "Partiendo de un material mínimo, el autor de este libro ha recompuesto la personalidad de un artista casi olvidado, teniendo en cuenta que sus referencias discográficas constan sólo de once cantes, cuatro de ellos pertenecientes a su repertorio más trivial". Su autor asume que no cabe hablar sólo de Chacón y Manuel Torre, de Pastora o de Mairena, "indiscutibles piedras angulares en las que se asienta el cante contemporáneo", sino también de aquellos otros artistas "que por diversas razones no ocupan el lugar que merecen en los libros del género y en el recuerdo de toda la afición".

"Y uno de estos artistas es, sin lugar a dudas, Antonio *El Chaqueta*, cuyo legado artístico necesita de un estudio minucioso, hecho con pasión, pero tam-

bién con una investigación que reclama seriedad y rigor", se exige Soler. Y cumple con tal propósito.

El décimo aniversario de la muerte de José Monge deparó, entre otros homenajes, la aparición de dos libros bien distintos. Por un lado, *Camarón de la Isla 1969-1992, entre tradición y evolución*, resumen de la tesis doctoral de Mercedes García Plata. Riguroso, milimétrico, universitario, esta obra editada por la Diputación de Cádiz, resulta ya imprescindible. Por otro lado, *Camarón, biografía de un mito*, de Luis Fernández Zaurín y José Candado



Calleja, supone un acercamiento personal, íntimo, casi privado a veces, a la memoria y a la vida cotidiana del cantautor que residió en La Línea durante buena parte de la última etapa de su biografía. Lástima que ambos textos no esclarezcan sino que enmarañen aún más —el segundo más que el primero— el espinoso asunto de los derechos de autor que sostiene todavía una inmerecida sombra sobre las relaciones de Camarón con la familia de Paco de Lucía. Una polémica que a veces ha rozado el territorio de la calumnia.

El género biográfico alienta también en las páginas de *Matar al mensajero, vivencias de un 'palomo' en Gibraltar*, escritas al alimón por el yanito Juan José Triay Bozzino a título de memorias y por José Antonio Casás Balao como transcriptor y editor de las mismas, poco después del repentino fallecimiento de su protagonista. Fundador del Partido para la Autonomía de Gibraltar, Triay tuvo que autoexiliarse a Algeciras cuando se convirtió inopinadamente en muñeco virutero del nacionalismo gibraltareño de su época, mediados de los 60, cuando estaba a punto de cerrarse la Verja y los yanitos no confiaban en los cantos de sirena de la diplomacia franquista. El libro resulta ameno, esclarecedor, y brinda una visión muy personal de esta epopeya colectiva.

Quizá su antípoda sea *Un hombre del Cobre de Al-Yazirat Al-Jadra, Algeciras*, escrito por Antonio Molina Medina, algecireño autodidacta que vive en el País Vasco. Se trata también de una memoria personal, la de Baltasar Aceto Trola, vecino de El Cobre y que, en palabras del autor, "llegó a formar parte del paisaje de su tierra". Los recuerdos de un hombre sencillo, expuestos a menudo en forma de diálogo, sirven para rescatar los de muchos otros contemporáneos de su principal personaje, en una zona donde la oralidad sustituye a menudo la falta de bibliografía y de archivos, para no incurrir en la amnesia colectiva. La reconstrucción de dos vidas sencillas es lo que impulsa a Juan Leiva Sánchez a publicar *Juan Leiva y su mundo*, con el apéndice *Semblanza*

de Pepe Córdoba, en las prensas del Grupo Publicaciones del Sur. Pescador de bajura, el primero es un filósofo de la cotidaneidad que ha recorrido los cinco continentes. Y a Pepe Córdoba, Leiva le califica como el mejor alcalde de Puente Mayorga, trempadamente muerto a la edad de 47.

Las vivencias personales forman parte sustancial de la obra periodística de uno de los sanroqueños más ilustres: en *José Domingo de Mena, periodista*, de Antonio Pérez Girón, se transcriben buena parte de los artículos del poeta sanroqueño y, muy en especial, aquellos que refieren sus vivencias en el convulso Marruecos de comienzos del siglo XX. Es de destacar la tarea de Antonio Pérez Girón, excelente pero humilde, que además de firmar algunos de los libros ya mentados en esta reseña, ha escrito *Historia del Periodismo Sanroqueño*, *El cuartel Diego Salinas*, *San Roque con olor a incienso* o *La guerra de Cuba y los republicanos sanroqueños*, así como su imprescindible *La república y la guerra civil en San Roque*. En cuanto a la prosa periodística de José Domingo de Mena, cabe resaltar su excelente pulso, que no envidia al de otros reporteros de su misma época, como pudieran ser los casos distantes de John Reed o de Ramón José Sender. Con mucha más calidad y calidez que su poesía posterior, desde luego.

La magdalena de Proust alienta también en los recuerdos personales que Guillermo García Jiménez ha publicado bajo el título de *Memorias de un liberal romántico*. El mismo ámbito en

el que se mueven otras publicaciones que han ido apareciendo en esta zona durante los últimos años, entre las que cabe citar a *De la calle Munición a La Perseverancia*, de Tomás Herrera Poveda, el popular *Caín: otra forma de hacer la guerra*, que Luis F. Vallecillo

transcribió por boca de su protagonista, en Jimena, el escenario de la peripecia vital de Ángeles Vázquez, autora de otros dos memoriales, el título de uno de los cuales resulta sobradamente explícito: *Un boomerang en Jimena de la Frontera*, da cuenta de la "guerra, hui-

da y exilio de una niña campogibraltareña", que recorrió Genalguacil, Estepona, Málaga, Almería, Alicante, Orán, Port-Vendrés en Francia, Port-Bou, hasta regresar de nuevo a su patria chica. Historia o leyenda, pasión sin duda.